

## CAPÍTULO I

### EL MUNDO MUSULMÁN. LA INVASIÓN. CÓRDOBA.

Arabia era una península desértica que hasta el siglo IV había estado al margen de cualquier tendencia civilizadora. *Arab* significa árido. Sus habitantes nunca habían sentido necesidad de constituirse como nación. La mayoría eran beduinos nómadas que se mataban por un pozo de agua o por un poco de hierba para sus camellos. Su único vínculo social era el jefe o *kadí*. Y su ocupación favorita era la guerra. La guerra y una multitud de esposas e hijos que eran sistemáticamente seleccionados por epidemias y más guerras. Soñaban y casi siempre lo conseguían, morir con un arma en la mano. Su religión era politeísta con la luna, las estrellas, los espíritus y los camellos, a los que se ataban al morir, o mejor, ataban el camello a su tumba con la esperanza de que el buen animal los transportara a paraísos soñados.

La capital de su religión era La Meca, su templo la Kaaba y el altar mayor la Piedra Negra.

Allí, en medio de cabañas de barro, en el año 569, nace Mahoma. El pobre nació ya huérfano. Su padre apenas tuvo el tiempo justo de concebirlo. Se casó y sin luna de miel, a los tres días se fue de viaje a hacer unos asuntos y hasta hoy. Al morir le dejó como herencia cinco camellos, un rebaño de cabras, una casucha de barro y una esclava que lo amamantó. Seis años después muere también la esclava que se llamaba Amina y es recogido por su abuelo que se ocupó espléndidamente de él en todos los aspectos menos en el de la educación. La ciudad en que vivían era lo que hoy podemos llamar rica, con nobleza y gente adinerada, pero sus habitantes estaban peleados con el alfabeto. Solamente unos pocos lo conocían. Mahoma, que quiere decir en árabe *el altamente alabado*, jamás aprendió a leer ni a escribir. Esa tarea la consideraba propia de los amanuenses. Sin embargo sería el autor de uno de los libros más importantes que se han escrito nunca,

uno de los que más han influido en la historia de la humanidad y desde luego el más poético y el más grande que se haya escrito en lengua árabe. Me refiero naturalmente a El Corán.

Su vida es apasionante. A los doce años viajó a Siria acompañando a su tío Abu Talib. Allí estableció su primer contacto con las dos religiones monoteístas, la hebrea y la cristiana, así como con la Biblia, Antiguo y Nuevo Testamento. En La Meca comenzó a conocer a los cristianos y más tarde, en Medina conoció a bastantes judíos.

Cuando había cumplido los cuarenta años recibe la aparición del arcángel Gabriel anunciándole que era el mensajero de Alá. Esta visión la compartió con Kadija, una viuda rica que le apoyó. A partir de entonces se sintió enviado de Dios ya que contaba con la interlocución inapreciable del arcángel.

Consigue su primer discípulo de cierta categoría llamado Abu Bekr y más tarde comienza a rodearse de seguidores, con los que predica en la Kaaba a los peregrinos que acudían a rezar a su ídolo. Consigue así dignificar a unas tribus que hasta entonces vivían en la idolatría y el desorden moral.

Dejó a la humanidad muchas cosas buenas y otras peores. Una de las peores, al menos eso pienso, es el calendario, que es un bodrio mal calculado, con necesidad de añadir meses cada poco tiempo y con el lío de que cada treinta y dos años y medio se encuentran con uno de propina.

La obra de Mahoma fue inmensa. A los cuarenta años no era nadie, lo digo en el sentido coloquial del término, y muere a los sesenta y tres en los brazos de Aicha, una de sus mujeres jóvenes y guapas, dejando un legado en fe, cultura y modo de vivir que es uno de los más grandes de la historia.

Mahoma muere en el año 632 dejando como herencia el Corán, que significa *Discurso* y que fue escrito por sus seguidores recogiendo las enseñanzas de su líder. Consta de 114 capítulos o suras, ordenados según su longitud. Luego todo está mezclado: normas sobre economía, sobre liturgia, doctrina, proclamas y hasta anécdotas. Pero el conjunto es todo poesía, pasión, de manera que consigue deslumbrar.

Mahoma es el primer árabe que supera las concepciones de tribu para crear un Estado, tosco si se quiere, pero Estado. El Corán fue para aquellos hombres un catecismo, una constitución y una proclama para las milicias que al par conquistan y convierten, haciendo de ellos mitad monjes mitad soldados.

A Mahoma siguen sus discípulos que inician una tremenda conquista. Se organiza una de las más formidables revoluciones que ha conocido el mundo. Unos beduinos incivilizados, sin más armas que su fe, van a tomar primero Arabia, luego Palestina, Siria, Mesopotamia, Egipto y llegan hasta Finisterre, el confín del mundo conocido.

Su fuerza es enorme. Y no eran unos incultos. Los primeros seguidores de Mahoma eran iletrados en el sentido de que no sabían leer ni escribir. Pero más adelante aparece Moavia que se rodea del boato que rechazaron Mahoma y sus dos primeros sucesores y adopta las costumbres de Bizancio. Y lo que es más importante comenzó a admirar la cultura y la civilización griega.

En tiempos de Moavia se convierten a la religión musulmana los árabes de Irak, Palestina, Egipto, Siria. Con ellos llegan al Islam una gran cantidad de sabios y científicos con su enorme bagaje cultural griego, cristiano y hebreo. Esta cultura era muy superior a la que había entonces en Europa. Nuestro continente era bárbaro, con lenguas romances recién estrenadas, mientras que Bizancio conservaba todo el esplendor de la cultura griega y romana. Los conquistadores árabes son conquistados por la sabiduría de los griegos.

Los árabes cultos fueron no solamente receptivos al saber griego sino que a su vez crearon saber. De ellos es la invención del álgebra (*al-jabr*), también ellos inventaron el número cero (*sifr*), la química, el alambique... Un árabe de la época, Gebir, fue el primer biólogo que analizó las heces y la sangre. En Damasco en el año 709 se funda el primer hospital de la historia en el que, entre otras cosas, se comenzó a dar anestesia, la primera anestesia clínica que se conoce. Y un árabe, Rhazes, es autor de un tratado de veinte volúmenes en el que se inspira toda la medicina posterior europea.

Esta sociedad recién creada, llena de poder moral y de ciencia, es la que forma el primer estado musulmán que enseguida va a codearse con los grandes imperios del mundo conocido. En cuanto a sus conquistas, van a llegar en un tiempo corto hasta el corazón mismo del mundo civilizado de entonces. España, en el confín de la tierra conocida, más tarde Asia Menor y por fin hasta Constantinopla. Ciento cuarenta años después de nacer Mahoma sus discípulos invaden España, en el año 711, con la inestimable ayuda de los judíos que representaban una parte muy importante de la población de la península, se insurreccionaron en todas partes y se pusieron a disposición de los invasores.

Los españoles no esperaban lo que se les vino encima. No creían que fuese posible o que los mismos árabes quisiesen conquistar nuestra patria. Tariq, previo pacto con el Califa de Damasco, comienza a conquistar la península.

¡Qué enorme destrucción sufrió Castilla! Destrucción y conmoción. Si España era un bosque y una ardilla podía ir de árbol en árbol desde el Estrecho hasta el Pirineo, se producen grandes quemas y talas. Nos quedamos sin bosques con un cambio profundo en el ecosistema. Cambian las ciudades. Mérida, la gran ciudad hispanorromana de la Lusitania, es destruida y se convierte en un pequeño pueblo. Madrid, un pequeño pueblo, se convierte en gran ciudad. Cambia hasta el sentimiento del castellano. Nace una nueva sicología: la defensa marca al castellano y le convierte en disciplinado, austero, en un guerrero duro, tosco si se quiere, desconfiado, dispuesto a todo por defender su tierra.

Una religión joven, recién nacida en las dunas de los desiertos de Arabia, va a traer una mentalidad diferente, completamente desconocida en el mundo civilizado de entonces.

Poco a poco los recién llegados se van integrando en el conjunto, constituyendo comunidades diferentes pero bien estructuradas en la España conquistada.

En al-Andalus vivían grandes familias de origen árabe, que eran los dominadores del poder, árabes andalusíes, junto con muladíes, eslavos, mozárabes, beréberes y judíos.

Rápidamente comienzan a configurarse dos clases de españoles: los que se convierten a la religión musulmana y los que no se convierten al Islam. Son los muladíes y los mozárabes.

Los muladíes eran los españoles de siempre. Comprendieron que ya no eran los dominadores de su tierra que pertenecía a las grandes familias árabes. Y con gran dolor de su alma hubieron de intentar la adaptación. Muchos a los que el régimen visigodo había despojado de sus bienes y reducido a la miseria no dudaron en convertirse al Islam, al menos aparentemente. Estos españoles convertidos a la religión musulmana y de la que no podían volver sin exponerse a la pena capital iban a ser a partir de entonces la mayor parte de la población musulmana de la península. Tales nuevos musulmanes fueron designados con el nombre de *muladíes*. En el nombre están comprendidos los conversos y sus descendientes. Se integraron tan perfectamente con

los invasores que en un par de generaciones iba a ser difícil distinguirlos de los musulmanes de origen.

Se llamaron mozárabes a los españoles que no quisieron abrazar el Islam y siguieron fieles al cristianismo aunque continuaran viviendo *entre las espaldas de los musulmanes*.

Las comunidades mozárabes más prósperas fueron las de Toledo, Córdoba, Sevilla, Mérida y Tarragona. Se les autorizó el uso de sus iglesias pero rara vez se les consintió edificar nuevas. En Córdoba establecieron un acuerdo que hace encontrar una justificación para el uso cristiano de la mezquita. Acordaron que la gran iglesia de San Vicente sería usada por mitades. Una mitad como mezquita y otra mitad como iglesia a disposición de los mozárabes. Las restantes iglesias fueron demolidas. Algo más tarde, al ver las conversiones en masa al islamismo y lo escaso de los cristianos, Abd al-Rahman decidió que era más práctico convertir entera la antigua iglesia en mezquita. Entre estos mozárabes se llegó a desarrollar una liturgia propia, un rito diferente al romano tal y como hoy conocemos.

En la España conquistada había solamente una muy pequeña proporción de árabes de raza que se consideraban defensores y sucesores del Profeta. Este grupo posteriormente creció debido a la emigración que supuso la restauración de la dinastía omeya. Eran la aristocracia dominadora. Suministraron cuadros políticos, hicieron que se aceptara su credo en todas partes y fomentaron la arabización de las poblaciones conquistadas. El imperio estaba en manos omeyas pero no eran lo suficientemente numerosos como para poblar las tierras conquistadas.

La aristocracia árabe se asentó en tierras fértiles del interior, como las de Orihuela, los alrededores de Toledo, Sevilla, Valencia. Luego por Córdoba, Badajoz, Murcia, Elvira y en Montejícar especialmente, como veremos más adelante.

Había otra pequeña proporción de beréberes que entraron con los conquistadores, hermanados con los árabes y que se quedaron en la península. Procedían de lo que hoy llamamos Marruecos, se instalaron en las zonas montañosas y se dedicaron a la ganadería y a la arboricultura. En Andalucía los encontramos en los montes de Carmona, Medina Sidonia y en las serranías de Ronda y Málaga. Durante toda la invasión musulmana provocaron innumerables rebeliones contra los árabes poderosos.

Los beréberes consideraron a los árabes como dominadores insupportables. Esta enemistad acabaría con el califato.

Pues este conglomerado tan variopinto va a conformar uno de los estados más poderosos y una de las épocas más gloriosas de lo que se conoce como España. Me refiero al Emirato y al Califato de Córdoba.

Cuando se había consolidado la conquista de al-Andalus una gran sacudida estremeció el Islam, que acabó por provocar el progresivo deterioro de la autoridad de los omeyas y la caída brutal de la dinastía imperante para instaurarse el califato de los abbasíes. Fue una tremenda revolución en Damasco con la consiguiente repercusión en España.

Rara vez a través de la historia vamos a encontrar una persecución más enconada y un afán de exterminio de una familia tan legendario y expeditivo. Se persigue a los omeyas por Siria, Palestina, Egipto y poco a poco van huyendo y muriendo todos los miembros de esta desdichada familia. En todas partes fueron ejecutados y dejados sus cuerpos insepultos para escarmiento del pueblo que les apoyaba. Solo dos omeyas iban a quedar vivos: Yahya ben Mu'awiya y su hermano Abd al-Rahman, nieto del califa omeya e hijo de una cautiva berberisca. El primero murió en una de las trampas que le tendieron los enemigos que acababan de triunfar. Abd al-Rahman va a protagonizar una odisea impresionante. Escapa a una muerte segura para instalar en Córdoba un emirato dependiente de Damasco. El 14 de agosto del año 755 el príncipe omeya pisa por primera vez el suelo de España en Almuñécar. El 15 de mayo de 756 derrota definitivamente a los qaysíes y en la mezquita, antigua catedral sevillana, se hizo proclamar emir de al-Andalus fundando de hecho el primer Estado musulmán independiente.

Su labor fue enorme. Impulsa la vida comercial, nace un artesanado, apoya a los mercaderes, hace del zoco el centro de la vida urbana, acuña moneda, pero todas sus acciones están impregnadas de una gran nostalgia de Damasco. La mezquita que manda edificar sobre la antigua catedral cristiana es una copia de la de Damasco. Edifica cerca de Córdoba un bellissimo jardín al que hace llamar al-Rusafa en recuerdo de los jardines y el hogar donde transcurrió su infancia.

Durante más de medio siglo, en los reinados de al-Hakam y Abd al-Rahman II, la monarquía cordobesa va a adquirir una gran solidez. Europa entonces era una gran potencia pero dividida y pobre. Córdoba se hará grande porque está unida.

Con Abd al-Rahman II el emirato ya tiene la organización de un estado. Pero no en todas partes. Digamos algo de Montejícar, Elvira y Granada.

La provincia de Elvira era por los años 825 la Siria de España. Desde muy primera hora se habían establecido en ella muchos árabes. ¡Era tan bonita!

Debían haber encontrado su paraíso. Una raza más quiso aposentarse aquí para siempre. ¿Tenían que obedecer al emir? En el fondo la aristocracia árabe, aprovechándose del general desorden, comenzaba también a levantar cabeza y aspiraba a la independencia.

Para conseguirla prefieren aliarse con los españoles antes que con la monarquía cordobesa y ofrecen a Ibn Hafsun el gobierno de Regio, en la serranía de Ronda. Pero estas prebendas no les hicieron ganarse a los españoles. ¿Por qué? El cristianismo tenía profundas raíces en nuestra provincia porque había sido su cuna.

Por más que en Elvira se intentara construir una gran mezquita, había tan pocos musulmanes en la ciudad que la obra no terminaba nunca. Las iglesias eran muchas y muy ricas. En Granada, aunque sus habitantes eran casi exclusivamente judíos, había por lo menos cuatro iglesias. Una, del siglo VII, edificada en el extrarradio por un godo llamado Gudila, debía de ser preciosa. De manera que coexistía un fuerte cristianismo con un creciente influjo arabigo-musulmán. Pero la lucha soterrada, las aversiones y odios entre razas continuaban y se acrecentaban. Los árabes de la provincia de Elvira no se querían encerrar en las murallas de la ciudad y se habían establecido en la campiña. Estos árabes constituían respecto de los españoles una aristocracia extremadamente orgullosa y exclusiva. Tenían pocas relaciones con los habitantes de la ciudad; la estancia en Elvira, triste lugar situado en medio de rocas estériles, no tenía para ellos ningún atractivo. Y cuando los viernes iban a Elvira para rezar en la mezquita, en realidad iban a chulearse ante los españoles, de riquezas, de caballos y de ser los amos. El odio y la aversión no habían mejorado. Los árabes llamaban a los españoles *vil canalla*, fueran muladíes o mozárabes. Se va a producir una lucha tremenda.

Los árabes habían roto definitivamente con el sultán y eligieron a un jefe llamado Yahya ibn Zocala que se marcó una estrategia. Escoge como residencia a Montejícar. Fortifica el pueblo y decide desde allí establecer su supremacía sobre los españoles e independizarse del sultán.

Montejícar se llamaba Monte Sacro por tratarse de un asentamiento romano antiguo. Los nuevos residentes arabizan el nombre hasta llevarlo a *Montejícar*. Es el principio del año 887. Y se instalan allí todos los árabes que estaban siendo arrojados de sus alquerías y adunares por los españoles.

Los españoles, mozárabes y muladíes unidos, piensan que no es aceptable ese asentamiento y deciden comenzar aquí otra reconquista. Eligen dos capitanes llamados Nábil y Axxomais y proceden a reconquistar Montejícar. Sitian el castillo, les atacan, les vencen, degüellan a los compañeros de Zocala, matan a gran cantidad de árabes echando sus cadáveres a un pozo y comienzan a correr por los campos, a perseguir a los supervivientes como si de una cacería se tratara. Se salva Yahya ibn Zocala.

El entusiasmo de los españoles fue inmenso. Por ausencia de medios de comunicación ese espacio lo llenaban los poetas. El poeta de nuestro bando era Abderraman ibn Ahmed, al que apodaban *el Ablí* porque era de ABLA. El Ablí dio a la posteridad parte del evento:

*¡Ya se han roto las lanzas de nuestros enemigos! ¡Ya hemos abatido su orgullo! ¡Los que ellos llamaban vil canalla han minado los fundamentos de su poder!*

Los árabes estaban desunidos. Pero superan sus diferencias, dan el mando a Sauwar ben Hamdún y comienzan a reorganizarse.

Sauwar era algo mayor y odiaba a los españoles. Ellos habían matado a un hijo suyo en Montejícar. Habían acabado también con su hermano de tribu, Yahya. Lleno de odio reorganizó a los suyos y comenzó la reconquista de Montejícar. Además quería poseer una fortaleza que le sirviera de base para sus operaciones ulteriores. Tomó por asalto el castillo, el pueblo y mató a seis mil españoles que lo defendían.

Los españoles de Montejícar fueron a pedir ayuda al gobernador de Elvira llamado Djad. En una estrategia de ofertas y sumisiones le prometen obediencia si se pone de su parte.

Ante estas promesas Djad decide ayudarles y al frente de sus tropas y de los españoles que quedaban fue a atacar a Sauwar. Pero el árabe estaba fuerte y con moral de victoria. Repele al ejército formado por el gobernador de Elvira, también por los españoles y les persigue hasta las mismas puertas de Elvira matando al gobernador Djad.

Esta batalla, a la que llamaron *Batalla de Djud*, llenó de alegría a los árabes. En las mismas puertas de Elvira acababan de vengar la muerte de su caudillo.

¡Hay que celebrarlo! Así que se buscaron otro poeta llamado Said ibn Djudi que les hiciera la labor de agitación y propaganda y buscar un medio de comunicación afín a la causa. Su poeta-periodista Djudi les compuso unos versos que, traducidos, dicen así:

*Apóstatas e incrédulos que hasta la última hora declaráis falsa la verdadera religión. Os hemos muerto porque teníamos que vengar a nuestro Yahya. Os hemos muerto. Dios lo ha querido. Hijos de esclavas, habéis imprudentemente irritado a bravos que no han olvidado nunca vengar a los suyos.*

Sauwar estaba pletórico de moral. Atacaba y mataba a los españoles que encontraba en todas partes. Y los españoles estaban desunidos. Los pobres no encontraban otra solución que echarse en manos del sultán e implorar su ayuda. Pero el sultán no estaba para muchos trotes. Era débil y se veía impotente ante los fuertes y orgullosos árabes. Así que se decidió por la vía diplomática. Mandó decir a Sauwar que le daría autonomía y libertad en el gobierno de la provincia a cambio de que le reconociera como soberano y dejara en paz a los españoles.

Sauwar aceptó la propuesta y se firmó la paz. Pero en la serranía de Ronda mandaba otro gran caudillo-guerrillero español llamado Ibn Hafsun que era un líder. Su leyenda corría de aldea en aldea, de alquería en alquería haciendo levantar la cabeza, el orgullo y los ojos a los españoles heridos y humillados. La serranía era suya, española, sin que los emires hubieran podido someterla. Los españoles de Montejícar y de Elvira le ven como a su salvación. Al menos sienten que han de seguir su ejemplo y plantar cara a los orgullosos árabes y al sanguinario caudillo. Vuelven a empuñar las armas. Cada casa, cada familia, cada alquería es un núcleo de insurrección. Un grito de guerra y venganza lanzado desde Elvira resuena en toda la provincia. En un momento y con un único impulso, todos los españoles se levantan contra sus verdugos árabes que ahora asustados, acobardados y perseguidos se encierran en otro castillo, en la Alhambra.

La Alhambra entonces no era más que una ruina majestuosa que casi no se hallaba en estado de defensa. Y sin embargo era el único

refugio que les quedaba a los árabes; si se la dejaban tomar podían estar ciertos de que ninguno escaparía.

Y allí los árabes comienzan a defenderse con el brío que da el saber que es su último asidero. De día los combates eran encarnizados. En las murallas los sitiadores españoles abrían brechas y portillos para lanzar sus tropas al ataque. Por la noche, a la luz fantasmal de las antorchas, los árabes reconstruían ladrillo a ladrillo, adobe a adobe los rojizos torreones y las almenas. Entre ellos cundía un gran pesimismo en este ambiente sombrío y lleno de negros presagios.

Un día los españoles, aprovechando el ambiente de desánimo de los sitiados, recurrieron al Ablí, su poeta, que les compuso unos versos y se los dejó caer por los portillos abiertos en las almenas de la Alhambra. Un árabe cogió el escrito y lo leyó en voz alta. Decía así:

*Sus moradas están desiertas, sus campos son eriales, los huracanes arremolinan en ellos las arenas. Encerrados en la Alhambra meditan al presente nuevos crímenes; pero allí tendrán también que sufrir derrotas continuas, y, lo mismo que sus padres, serán siempre el blanco de nuestras lanzas y de nuestras espadas.*

Los árabes oyeron la lectura de estos versos a la luz de las antorchas y las sombras de las almenas se convirtieron en fantasmas de pesimismo y desolación.

*—Estos versos son un aviso del cielo. Del cielo ha venido el escrito y sus versos.*

Otros, menos pusilánimes y miedosos, más realistas en suma, supusieron que era una *conspiración* del periodista de la facción opuesta, el poeta el Ablí.

El Asadí se aplicó a la tarea. Responder en árabe con un poema con sus moaxacas, sus jarchas y demás rimas no era fácil. Al Asadí no le salía la rima adecuada y las tropas árabes sitiadas iban de mal en peor. Era de temperamento nervioso, impresionable y en casos de presión externa, no le salía la gotita de esencia imprescindible para volver al personal boca abajo. Además, en los mano a mano poéticos que había mantenido hasta la fecha con el Ablí había perdido. ¡Mal andaban los sitiados! No le salía el verso adecuado que venciera a el Ablí. Todos los árabes le miraban con gestos de ira, desánimo y rencor. ¿Dónde

vamos con un poeta así? Pero recibió la inspiración con el verso salvador:

*En verdad que bien pronto, cuando nosotros salgamos de la Alhambra, habréis de sufrir una derrota tan terrible que hará blanquear en un momento los cabellos de vuestras mujeres y de vuestros hijos.*

Rápidamente los árabes sitiados se convencieron de que el poema de los españoles era del Ablí y por tanto agitación, propaganda y conspiración y el poema del Asadí, que les beneficiaba, ese sí que era de Dios. Se aplicaron unos cuantos versos del Corán que hacían al caso, recompusieron su moral, enrollaron los versos a una piedra, se la tiraron a los españoles y comenzaron a darle la vuelta a la tortilla.

Siete días después los árabes ven al ejército español compuesto de veinte mil hombres con máquinas de guerra, preparándose para atacarles.

Sauwar, el árabe de Maracena, decide sacar sus tropas a campo abierto y después de las mil estratagemas y correrías, los árabes vencedores mataron a diecisiete mil españoles a las puertas de Elvira. Es la Batalla de la Ciudad. Naturalmente que los poetas vuelven a hacer de periodistas-relatores de las hazañas del de Maracena y los españoles fueron detestados hasta por su lejano y mítico líder ibn Hafsun. Pero Montejícar ya sería olvidada y los españoles caminarían muchos siglos con la cabeza gacha y la tristeza de ser raza dominada.

El odio sigue larvado y los hombres dominados continúan tristes en la esperanza de levantar sus cabezas libres y orgullosas en los atardeceres de nuestra Patria, antes Montejícar, luego Elvira, ahora Granada.

No se sabe en Montejícar que fue un pueblo grande, quizá entonces más importante que Granada, tanto como para que la gente más culta y rica de entonces le escogiera como capital, centro de su soñado país, de sus luchas y de sus defensas. Nadie en Maracena conoce a Sauwar, su caudillo árabe, general fuerte. Nadie en Granada recuerda el día en que, cuando la Alhambra no existía, en unos torreones y almenas, se comienza a consolidar su poder.

Deberían saberlo nuestros maestros de historia que nos han contado tantas veces batallas lejanas, grandezas lejanas, proezas lejanas y

han dejado en el olvido que un pueblo fue grande, lleno de valor, de historia y ahora no le queda ni siquiera la nostalgia.

Deberíamos decir a los maestros de Montejícar que lo expliquen a los niños. Al alcalde que celebre ese día, esa primavera en que Montejícar quiso ser centro del saber, de la fuerza del mundo, asiento de los árabes sirios, que habían sido cuna de civilización y que quisieron asentarse aquí, hacer de Montejícar su capital.

El gran Abd al-Rahman III ha sido uno de los más grandes soberanos de la historia de España. Fue inteligente, tenaz, astuto, realista y valeroso. Se rodeó de una corte exquisita y de un protocolo que recordaba al de Bizancio. El esplendor del califato llegó a ser enorme. Fue el más grande entre los príncipes omeyas. Rodeado de mujeres, concubinas y esclavos, hizo una corte calcada de Bagdad o Bizancio.

La Córdoba califal debió ser impresionante. Tenía medio millón de habitantes, tres mil mezquitas con su gran Mezquita Aljama, el Alcázar califal y una gran cantidad de residencias, además de la de Medina al-Zahra, trece mil casas, trescientos baños, veintiocho arrabales. ¡Mucho más ciudad que Bagdad!

En el palacio califal estaban reunidas todas las maravillas de Oriente y Occidente. Era colosal. En su harem vivían seis mil mujeres.

Al-Hakam II, hijo y sucesor de Abd al-Rahman III, era un príncipe sabio. Todos sus predecesores habían sido cultos, pero ninguno como él. Buscaba con ansia los libros nuevos y raros. Llegó a reunir una biblioteca de 400.000 volúmenes. En Damasco, Alejandría o el Cairo, tenía agentes que le comprasen o les copiasen los libros que le pudiesen interesar, con instrucciones precisas de hacerlo sabio y minuciosamente. Y en su palacio había un gran taller con copistas, encuadernadores y miniaturistas.

En Andalucía no había analfabetos. En la Europa cristiana solamente el clero y poca gente más sabía leer y escribir. Fundó en Córdoba veinticinco escuelas para el pueblo en las que se enseñaba la gramática y la retórica. Y la universidad de Córdoba era una de las mejores del mundo. Tenía grandes maestros. Los estudiantes venían a Córdoba por millares. Y lo que interesaba más estudiar, lo que tenía más salida y por tanto la *facultad* más concurrida, era el *Fikh*, algo así como Teología y Derecho. Desde luego había Facultad de Medicina.

Hasday ibn Shaprut, uno de los médicos más importantes que ha dado España y probablemente el jiennense más ilustre, vivió, trabajó y engrandeció Córdoba.

Digamos una palabra de algunos médicos españoles de religión musulmana.

Algo anterior a Hasday es el madrileño Abul Casim Moslama, el Madjritz. Probablemente es el primer médico español que merece ser llamado sabio. Escribió sobre alquimia, sobre animales, piedras preciosas, pero sobre todo de medicina. Algunos de sus escritos se conservan en el Escorial.

Sus discípulos llenan toda una época. Merece mención especial Habus Eslami, nacido en Hueter Vega y muerto en Córdoba en el año 987. Escribió mil obras de tema científico, sesenta de las cuales son de medicina.

De esta época es el primer pediatra de que tengo noticias. Se llamaba Arib ben Said el Kateb, de nombre y religión musulmana pero español de pura cepa. Era murciano. Escribió un libro que puede ser el primer tratado de pediatría conocido, titulado "*Tratado de la generación del feto y del régimen para púerperas y niños*". Está en el Escorial, catalogado con el número 833. Estudia a las embarazadas, a los recién nacidos, es un libro de partos que da instrucciones a las comadronas, estudia las enfermedades y accidentes del parto, las enfermedades de los niños como la viruela, a la que cura con ventosas en la nuca y aire libre, da instrucciones para hacer la circuncisión, etc. Un libro de pediatría en el siglo X.

En la Universidad de Córdoba nace una figura controvertida, señora, enorme, pero que va a suponer también la última y definitiva etapa del califato. De aquí sale Almanzor. Otro personaje español de una talla impresionante pero que ha sido olvidado en nuestra historia de España. Un tío grande y un rufián, como tantos otros grandes hombres de la historia. ¡Sólo que este es de Cortes de la Frontera! Y al leer su historia, estudiarla, la impresión es tremenda. ¡Qué líos de faldas, de guerras, de intrigas, de fondos reservados, de ansias de poder!

Almanzor dio a la España musulmana un poder que no tuvo nunca, ni en los tiempos de Abd-al-Rahman III. Era el terror de sus enemigos y el ídolo de sus soldados. Jamás olvidaba un servicio y jamás olvidaba un agravio. Era generoso, duro, siempre al lado de los suyos. Fue mecenas de la cultura. En su corte mantuvo a multitud de poetas,

algunos de ellos provenientes de Bagdad. Siempre fue un bebedor de buen vino, aunque este menester estuviera prohibido por el Corán. Y sus juergas cordobesas eran sonadas.

Almanzor fue un hombre de una ambición sin límites.

Así era España, Al-Andalus, hace mil años. Pero todo se degenera. Un dictador, Almanzor, había suplantado el poder teocrático de los califas. Sus indudables éxitos guerreros no habían ido parejos a la estructura que necesitaba el califato. Pero sobre todo era muy difícil hacer comprender a los creyentes que este era el enviado de Dios, el Príncipe de los Creyentes. Un califato sin teocracia era impensable. Las fuerzas disgregadoras de las distintas razas que habitaban al-Andalus comienzan a actuar.

La tensión entre árabes y muladies comienza a amenazar la existencia misma del Islam español. Eran una multitud de razas. Había gallegos, francos, lombardos, calabreses y otros prisioneros de los piratas andaluces o comprados en pueblos de Italia.

Los esclavos eran la clase ilustrada o al menos una de ellas. Siempre hubo esclavos en Córdoba pero especialmente en época de Abd al-Rahman III. Acerca de su número hay distintos datos. Unos dicen que había 3.750, otros dicen que 6.087 y otros que 13.750.

Esclavos, esclavos a su vez, tenían otros esclavos a su servicio. Muchos poseían grandes extensiones de tierras. Abd al-Rahman III les confirió importantes dignidades y funciones militares y civiles. Y los judíos. Cito a Dozy:

*porque los judíos, especulando con la miseria de los pueblos, compraban niños de uno u otro sexo y los llevaban a los puertos de mar, donde naves griegas y venecianas iban a buscarlos para llevárselos a los sarracenos. Otros, esto es, los eunucos destinados al servicio del harem, llegaban de Francia, donde había grandes manufacturas de eunucos, dirigidos por judíos. Eran muy famosas la de Verdún y otra había en el Mediodía. Como la mayor parte de los cautivos eran todavía pequeños cuando llegaban a España, adoptaban fácilmente la religión, lengua y costumbres de sus señores... Gustaban de reunir bibliotecas, componer versos...*

El califato se hunde. Abd al-Rahman *Sanchuelo* acaba con él. Un motín destruye Medina al-Zahira y casi toda la ciudad. Se produce

una gran matanza, se van las academias, nacen los reinos de taifas con las luchas y rivalidades entre las diversas familias de origen árabe o beréber. Hablaremos de uno de esos reinos.